

*Crimen y castigo*¹

Nikolái N. Strájov

Artículo primero

Un «crítico»² —así suelen escribir en los periódicos que desean conservar un tono literario del todo decoroso, de lo que se desprende que, en pro de la decencia, debemos reconocer que existe una gran cantidad de críticos entre nosotros—, pues bien, un crítico dijo lo siguiente acerca de la novela del señor Dostoievski:

«Eliminen solo el motivo original del asesinato, en virtud del cual Raskólnikov ve en este no un abominable crimen, sino una “corrección” y “encauzamiento” de la naturaleza, una suerte de proeza; más aún, consideren el asesinato solo desde la convicción personal e individual de un Raskólnikov y no desde la *convicción general de toda la corporación estudiantil* y todo el interés por la novela de Dostoievski se esfuma en el acto. Eso demuestra a las claras que la novela de Dostoievski *se basa en algo que él da por supuesto o toma por un hecho: que en la corporación estudiantil existe, como principio, el deseo de asesinar y robar*».

Luego el crítico se entrega a cierta vehemencia con bastante sangre fría:

«¿Con qué fin racional pueden justificarse la representación de un joven estudiante como asesino, la motivación de ese asesinato en convicciones científicas y, por último, *la divulgación de esas convicciones en toda la corporación estudiantil?*».

Esa *crítica* se ha publicado, y las palabras que citamos tienen un sentido muy claro. Según ellas, en la novela de Dostoievski se acusa a toda la corporación estudiantil de profesar el principio de inocencia del homicidio con robo, incluso de que en ella existe ese mismo deseo de asesinar.

¹ Publicado en *Apuntes patrios*, tomo 171, núms. 3 y 4 (1867), págs. 325-340 y 514-527, respectivamente.

² Se refiere a Grigori Z. Eliséiev, cuya reseña de *Crimen y castigo* incluimos en este número de *Estudios Dostoievski*.

El primer pensamiento que puede acudir a la cabeza de un lector sensato, por supuesto, será que todo ello es un disparate al que no vale la pena prestar atención. ¿Acaso se puede acusar a todos y cada uno de los estudiantes no sólo de promover el homicidio, sino de cualquier otra cosa? Es preciso perder por completo el sentido común para plantear tan absurda acusación. Y después: si alguien ha planteado una acusación semejante, ¿acaso cabría darle alguna importancia? ¿Acaso algún estudiante se detendría en ella? De semejante absurdo no valdría la pena siquiera hablar.

La calumnia contra los estudiantes sería terrible, siempre que fuera posible. Y la calumnia contra Dostoievski también sería terrible, siempre que fuera posible. En definitiva, se trata de un absurdo que no merece atención.

Por desgracia, la cuestión no se resuelve con tanta facilidad. El crítico cuya opinión hemos citado seguramente expresó su sincero parecer. Si no fue sincero, entonces habló para quienes pueden sinceramente albergar esos pensamientos. De lo que no cabe duda es de que hay muchas personas que o bien creerán en el crítico o bien llegarán por sí mismas a esa consideración del asunto. No hay disparate que no encuentre defensores, a pesar de todas las evidencias. Entre nosotros, debemos recordar, reinan unas densas tinieblas sobre las mentes; no tenemos puntos de apoyo firmes y claros para los juicios; hasta ahora no somos capaces de comprender con amplitud y refinamiento, por eso todo lo tergiversamos, todo lo sometemos a las estrechas medidas de algunos conceptos tomados a la ligera del caos de las opiniones ajenas. Podríamos citar no pocos ejemplos de acusaciones absurdas basadas en malentendidos o aun en francas calumnias que, sin embargo, han hallado eco en nuestro público lector.

En el parecer de nuestro crítico muchos no verán nada particularmente absurdo. Supongamos, nos dirán, que alguien es retrógrado, enemigo de la joven generación, enemigo de la ciencia y la ilustración. ¿Qué hay con ello? Si, en efecto, tales personas existen, aunque sea en pequeña cantidad; lo principal es que entre nosotros hay muchos que *son considerados* tales, de quienes se ha formado y establecido ese concepto tan antinatural. ¿Por qué no podría incluirse entre dichas personas a nuestro novelista? Después nos dirán: supongamos que alguien considera que todos los jóvenes son nihilistas, incendiarios, asesinos dispuestos a matar a su propio padre por dinero. ¿Qué

hay con ello? Si, en efecto, hay personas insensatas que sostienen opiniones idénticas o semejantes; lo principal es que entre nosotros hay muchos a quienes *se atribuye* tales opiniones, a los que por nada del mundo se les creería si aseguraran que piensan de un modo completamente distinto. ¿Por qué no podría decirse que precisamente a tales personas quiso complacer Dostoievski?

Así pues, en virtud de cierta realidad y, lo que es más importante, en virtud de conceptos exagerados y tergiversados sobre el estado de la opinión pública, la acusación a Dostoievski se vuelve posible. Hay personas y círculos para los cuales es del todo plausible.

Si alguien no nos cree sobre la base de las consideraciones arriba mencionadas, en el presente caso podemos apelar a hechos también tomados de la prensa. No es todavía una gran desgracia que acusen a una persona: no es posible complacer a todos. Pero la desgracia se vuelve real cuando la acusación es aceptada y no se alza una voz en defensa del acusado. Por último, lo peor de todo es cuando aparecen celosos defensores, pero cuyas palabras dejan entrever que ellos también reconocen la culpabilidad del acusado y solo tratan de engañar la mirada del público con astucias propias de abogados. Esa es la suerte que le ha tocado correr a Dostoievski.

Apareció otro «crítico»³ que defendió a Dostoievski contra el primer crítico. Según sus palabras, consideró que su deber era «refutar la acusación sobre un escritor honrado» e intentar demostrar «que no hay ningún motivo para pensar que el autor quiso calumniar a alguien o endilgar a la juventud el *unánime afán de matar y robar*, como se expresó un crítico a principios del año pasado»⁴.

La prueba de ello es muy sencilla. «Raskólnikov es un hombre enfermo», he ahí todo el misterio. «Es un loco de remate, ya que los objetos se le presentan todo el tiempo de manera unívoca; lo que ve lo analiza correctamente, pero los otros aspectos se le escapan; para estos él carece de razón, está muerto, abrumado por una idea devoradora.

³ Se refiere a A. I-n, seudónimo de Alekséi S. Surovin, y su reseña publicada en el periódico *El inválido ruso*. Este autor era por entonces cercano a los círculos democráticos.

⁴ Grigori Z. Eliséiev.

La idea del asesinato le trastornó la cabeza como lo hace cualquier otra idea que vuelve loco a un hombre. Uno se figura Fernando VIII⁵, otro se figura que toda la humanidad lo persigue y solo procura borrarlo de la faz de la tierra. Raskólnikov se figuró que el asesinato en pro de los objetivos que él consideraba nobles no es en absoluto un crimen».

He aquí, dicho sea de paso, una pequeña prueba de esa concepción del asunto. «La locura —afirma el crítico— sucede a veces como consecuencia de fuertes conmociones morales, a veces incluso como consecuencia de una severa enfermedad. Lo mismo ocurre con Raskólnikov, que en prisión sufrió una grave enfermedad». En la novela se dice que Raskólnikov, tras recobrase de esa enfermedad, de pronto sintió un intenso arrebató de amor por Sonia. «En él despertaron —escribe el crítico— instintos largamente reprimidos; de golpe comprendió a Sonia, que lo había acompañado a la prisión, y la amó profundamente. En una palabra, se curó (*de la locura, desde luego*). Resucitó, dice el autor, *lo cual, evidentemente, es lo mismo*».

Así pues, Dostoievski nos escribió la historia de cierta locura. Si es así, por supuesto, no cabe pensar que, «con su Raskólnikov, quiso difamar a la joven generación».

«Raskólnikov —deduce consecuentemente el crítico— no es en absoluto un tipo, la personificación de alguna orientación, de algún modo de pensar propio de la multitud». Y luego: «Raskólnikov, en tanto fenómeno enfermizo, es más susceptible de la crítica psiquiátrica que de la literaria».

¿Y qué hacer con la doctrina que Raskólnikov profesa con tanta insistencia y que con tanta consecuencia desarrolla? ¿Qué hacer con esos pensamientos completamente claros y coherentes con los que incluso en prisión justifica sus asesinatos? Así lo explica el crítico:

«No se puede explicar los crímenes de Raskólnikov apelando al materialismo, porque ese materialismo, esa falta de fe son en él también una afectación, más bien una *consecuencia* de su *idée fixe*⁶ que esta última una consecuencia del materialismo; con el

⁵ Referencia a Poprishin, protagonista del relato *Memorias de un loco* (1835), de Nikolái Gógol.

⁶ 'Idea fija' (fr.).

restablecimiento, con el amor, el materialismo también desaparece de Raskólnikov, y la fe comienza a colarse en su corazón».

Así pues, he aquí hasta qué punto es inocente Dostoievski respecto de nuestra joven generación. Incluso el materialismo y la falta de fe —fenómenos que no presuponen a menudo ningún trastorno en las capacidades mentales— los atribuye al joven que representa en la novela solo bajo la condición de la locura.

¿Cómo entender una tergiversación semejante, casi inverosímil, del sentido de la novela? ¿Acaso se puede acusar de ella a la misma novela? ¿Acaso es tan confusa y cumple tan mal con la tarea elegida que es fácil equivocarse respecto de su idea? En parte, por supuesto, es así; la novela tiene importantes defectos que enturbian la claridad artística de las imágenes y, por tanto, impiden su clara comprensión. Por ejemplo, si el modo de caracterizar al personaje hubiese sido preciso y consistente, sería imposible considerar con tanta ligereza que Raskólnikov es un loco. Pero eso constituye apenas una centésima parte en la explicación de todo el asunto. Raskólnikov, pese a todo, está representado con tanta claridad y distinción que, de no mediar otras causas, nadie lo consideraría mentalmente trastornado, excepto aquellos que tienen una comprensión muy rústica de las cosas. La principal causa por que la que el crítico se decidió a esa interpretación distorsionada reside a todas luces en que temía una interpretación directa. Temía que el sentido directo de la novela fuera acusar a la joven generación del «unánime afán de matar y robar». Temía tanto por la joven generación como por Dostoievski y, por tanto, *creyó en la posibilidad de esas acusaciones* que a nosotros nos parecen tan absurdas.

El hecho es notable como muestra de nuestra disposición intelectual, y esperamos que el crítico nos perdone por habernos valido de sus palabras para ilustrar ese hecho.

Surge la pregunta: ¿qué es lo que temía? ¿Hasta qué punto sus recelos tenían asidero en la realidad? ¿Hasta qué punto esos recelos se justificaban por el auténtico sentido de la novela? Si ahondamos en la cuestión, será imposible reprimir un gran asombro ante la dificultad con la que, entre nosotros, se comprenden las cosas más evidentes.

Los nihilistas y las nihilistas ya hace tiempo que son representados en nuestras novelas y relatos. ¿Cómo se los representa? Basta con recordar esos cuadros para responder a esa pregunta sin ninguna vacilación. Los lectores están acostumbrados a ver en los nihilistas, en primer lugar, a personas escasas de luces y de afectos, a personas privadas de solidez intelectual y de una viva y cordial calidez. Esas personas elaboran con su propia mente teorías completamente desvinculadas de la vida que asumen la forma de grandes absurdos. Sobre la base de esas teorías, los nihilistas tergiversan la vida propia y ajena y viven en esa tergiversación, sin comprender y sin sentir toda la deformidad de esa vida. Por eso nos parecen seres ridículos y mezquinos, vulgares y repugnantes. En una palabra, se los representa de un modo tal que, por su propia esencia, no pueden suscitar simpatía, sino solo burlas e indignación. Véase, por ejemplo, el modo bestial en que es representado cierto nihilista en el relato *La epidemia (La labor universal*, núm. 2)⁷. Y, en general, ¡cuántas vilezas y monstruosidades no han sido atribuidas a nuestros nihilistas!

Ahora bien, ¿qué hizo Dostoievski? Evidentemente, se planteó una tarea mucho más profunda y difícil que la de escarnecer las deformidades de naturalezas vacuas y anémicas. Su Raskólnikov, si bien adolece de puerilidad y egoísmo, nos muestra a un hombre con aptitudes de fortaleza intelectual y corazón cálido. No es un decidor de frases sin sangre y sin nervios, sino un auténtico hombre. Este joven también elabora una teoría, pero una teoría que, precisamente en virtud de la gran vitalidad y solidez intelectual de su autor, *contradice mucho más profunda y definitivamente la vida* que, por ejemplo, la teoría de la ofensa que sufre una dama cuando le besan la mano u otras semejantes. Por el bien de su teoría incluso echa a perder su vida, pero no incurre en una ridícula deformación y en absurdos; comete un acto terrible, un crimen. En lugar de fenómenos cómicos, ante nosotros tiene lugar un fenómeno trágico, es decir, más humano y digno de compasión, y no solo de burla e indignación. Después, la ruptura con la vida, en virtud de su profundidad, suscita una terrible reacción en el alma del joven. Mientras que los demás nihilistas gozan tranquilamente de la vida sin besar las manos a sus mujeres y sin tenderles el abrigo, e incluso enorgulleciéndose de ello, Raskólnikov no soporta esa negación de los instintos del alma humana que lo llevó al crimen y marcha a la prisión. Allí, después

⁷ En el relato *La epidemia* (1867), de Vasili P. Avenarius, así es como se representa al estudiante Chekmariov.

de largos años de prueba, seguramente se renovará y se convertirá en un hombre cabal, es decir, en una alma humana cálida y viva.

Así pues, el autor tomó una naturaleza más profunda y le atribuyó una desviación más profunda de la vida que otros escritores que han abordado el nihilismo. Su objetivo era representar los sufrimientos que soporta un hombre real cuando llega a esa ruptura con la vida. Es claro que el autor representa a su personaje con plena compasión hacia él. No se trata de una burla a la joven generación, de reproches y acusaciones, sino de un lamento. Ese desdichado asesino-teórico, ese *honrado asesino*, si cabe unir estas dos palabras, es mil veces más desdichado que los asesinos a secas. Le habría resultado mucho más llevadero si hubiera cometido el asesinato movido por la ira, la venganza, los celos, la codicia o cualquier otra razón mundana, pero no por una teoría.

¿Sabes, Sonia? [...] Si solamente hubiera matado porque estaba hambriento [...], ahora... ¡sería feliz!⁸

Con indecible tormento siente que la violencia que ha ejercido sobre su propia naturaleza moral constituye un pecado mayor que el propio acto del asesinato. Esa violencia es precisamente el verdadero crimen.

¿Acaso asesiné a la vieja? ¡Yo me asesiné a mí mismo, y no a la vieja! ¡Ahí a la vez me maté a mí mismo, eternamente!... Y a la vieja la mató el diablo, y no yo...⁹

En ello reside el sentido de la novela, y la sentencia contra Raskólnikov que pronuncia el autor es puesta en boca de Sonia.

–*¿Qué ha hecho, qué es lo que ha hecho de usted mismo!* –dijo ella desesperadamente, y levantándose, se le arrojó al cuello, lo abrazó y lo apretó fuerte fuerte entre sus brazos. [...]

–*Qué extraña eres, Sonia... me abrazas y me besas cuando te he hablado de esto. No tienes conciencia de ti misma.*

⁸ *Crimen y castigo*. Traducción de Omar Lobos. Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2004, pág. 509. De aquí en adelante, todas las citas de la novela se realizarán a partir de esta edición.

⁹ *Ibid.*, pág. 517. (Cursiva de Strájov).

—*¡No, no hay nadie ahora más desdichado que tú en la tierra entera!* —exclamó ella, como frenética, sin oír sus observaciones, y de repente se echó a llorar a lágrima viva, como en un acceso nervioso¹⁰.

Así pues, por primera vez se nos representa a un nihilista desdichado, a un nihilista que sufre profunda y humanamente. Es evidente que esa *gran simpatía* que atribuíamos al autor aquí también le infunde ánimo. Nos muestra a un nihilista no como un fenómeno salvaje y lamentable, sino bajo una luz trágica, como una deformación del alma acompañada de un cruel sufrimiento. Fiel a su costumbre, nos muestra a un *hombre* en el mismo asesino, tal como supo hallar a *personas* en las pecadoras, borrachos y otros lamentables personajes que rodean al protagonista.

El autor tomó el nihilismo en su desarrollo extremo, en un punto más allá del cual es imposible ir. Pero señalemos que la esencia de cada fenómeno siempre se manifiesta no en sus formas usuales y corrientes, sino precisamente en los grados supremos de su desarrollo. Aquí es evidente que el autor, al tomar una forma extrema, obtuvo la posibilidad de establecer respecto de todo el fenómeno un enfoque cabalmente correcto, enfoque difícil de alcanzar con otras formas del mismo fenómeno. Tomemos, por ejemplo, al personaje de Bazárov (de la novela *Padres e hijos* de Turguéniev), el primer nihilista de nuestra literatura. Ese hombre altivo y lleno de amor propio, más que atraer, repele. Y tampoco pide nuestra compasión; está contento de sí mismo. Que el lector pase revista después a todas las formas de nihilismo que conoce. Una joven se corta su espléndida trenza y se coloca unas gafas azules. Por un lado es una indecencia, pero ella está muy contenta consigo misma, como si se hubiera puesto un vestido más bello que el que llevaba antes. Deja las novelas y lee *Fisiología de la vida cotidiana* de Lewes. Primero se traba, pero después hace un esfuerzo consigo misma y se pone a versar libremente sobre las manchas de la piel y los órganos urinarios. ¿Y qué? Se siente un nuevo placer. Seguimos y la joven abandona a sus padres y se entrega desde un punto de vista completamente *teórico* a cierto joven ajeno a los prejuicios y que le habla de la necesidad de crear una nueva humanidad en alguna isla desierta. O, a veces, sucede de otro modo. El propio hermano de la joven le arregla un matrimonio civil con su amigo. Siempre sobre la base de la teoría, el marido abandona a la esposa, la esposa al marido o

¹⁰ *Ibid.*, pág. 507. (Excepto «de esto», cursiva de Strájev).

se organiza una comuna en la que es habitual que un hombre tenga relación con dos mujeres y predique con elocuencia que los celos son un sentimiento falso.

¿Y qué? Toda esa violencia sobre sí mismo, toda esa deformación de la vida se realiza con absoluta sangre fría. Todos están contentos y felices, se miran a sí mismos con gran respeto y ahuyentan de sí cualquier sentimiento absurdo que impida a las personas avanzar por el camino del progreso. Surge la pregunta: ¿de qué manera hay que tratar a esas personas? Lo más fácil es burlarse de ellas y despreciarlas. Dado que ellas mismas se hacen pasar tenazmente por dichosas, la sociedad no siente ningún deseo de apiadarse de ellas; más bien se inclina a ver en esa impasible y fría desfiguración de la vida propia y ajena la presencia de oscuras pasiones, por ejemplo, de voluptuosidad.

Sin embargo, en el fondo hay que apiadarse de ellas, porque no cabe ninguna duda de que su alma, pese a todo, se despierta con sus eternas exigencias. Además, no todas son vacuas y secas. Entre ellas, por supuesto, también hay algunas en las cuales esa violencia sobre su naturaleza redundaba en prolongados e imborrables sufrimientos. Por consiguiente, a todas ellas, a toda esa esfera de aparentes dichosos que organizan su vida sobre la base de nuevos principios, es posible dirigir las palabras de la afectuosa Sonia: *¿qué han hecho, qué han hecho de ustedes mismos?*

De la muchacha que se cortó la trenza por una teoría a Raskólnikov, que por una teoría mató a una vieja, la distancia es grande, pero, sin embargo, constituyen fenómenos de un mismo orden. Si de una trenza da lástima, ¿cómo no sentir lástima por Raskólnikov, que arruinó su vida? Conmiseración: esa es la postura que adopta el autor respecto del nihilismo, postura casi nueva y aún por nadie expuesta con la fuerza con la que aparece en esta novela.

Pero, si es así, ¿cómo pudo suceder que se acusara al autor del deseo de escarnecer a nuestra joven generación, de endilgarle el unánime deseo de asesinar? Eso sucedió precisamente debido a la nueva postura sobre el asunto, postura que no pudo ser de inmediato comprendida. Todos están acostumbrados a la vieja postura, todos saben que los nihilistas y las nihilistas abandonan a sus familias, pierden a sus esposas, se privan de sus trenzas y de su honor virginal, etc., no solo sin pena ni tristeza, sino con absoluta

sangre fría e incluso con orgullo y solemnidad. Y he aquí que, en la novela de Dostoievski, a muchos se les figura exactamente esa representación: alguien comete un asesinato por *considerarse con derecho a hacerlo*, es decir, a sangre fría, y se queda de lo más tranquilo. Es probable que los fanáticos provocaran de ese modo sus incendios y asesinatos secretos. Por eso tales incendios y asesinatos pudieron volverse tan frecuentes y ser perpetrados por tanta gente. Pero ¿hay algo semejante en la novela de Dostoievski? Toda la esencia de la novela reside en que Raskólnikov, si bien se considera con derecho, lleva adelante sus propósitos no con sangre fría y no solo no se queda tranquilo, sino que padece crueles sufrimientos. Si nos atenemos rigurosamente a la novela, resulta que el crimen por una teoría es muchísimo más penoso para el criminal que cualquier otro, que el alma humana lo que menos puede soportar es esa desviación de sus leyes eternas. Por tanto, si un nihilista resultara criminal, lo más seguro es suponer que también él, al igual que los demás, cometió el crimen por venganza, celos, codicia, etc., y no por una teoría. En una palabra, el rasgo que captó Dostoievski está representado con absoluta fidelidad. Al leer la novela, uno siente que el crimen de Raskólnikov es un fenómeno *sumamente infrecuente*, un episodio en gran medida característico, pero excepcional, fuera de toda regla.

Así lo describe el propio criminal. En ningún momento intenta hacer pasar su *teoría* por algo difundido, la llama todo el tiempo «su teoría», «su idea»; en los instantes en los que se halla bajo el poder de esa idea se refiere incluso con desdén a los otros nihilistas. «¡Oh, negadores y sensatos de poca monta —exclama—, por qué se detienen a mitad de camino!»¹¹.

Nunca hay que olvidar que la vida, la naturaleza detiene a los nihilistas, tanto como a las demás personas, no solo *a mitad de camino*, sino incluso en el *primer paso* de cualquier camino; además, sus caminos suelen ser diversos. Esa resistencia y oposición de la vida contra el poder de las teorías y fantasías está magistralmente expuesta en la novela, cuya tarea era mostrar cómo en el alma del hombre luchan la vida y la teoría, mostrar esa contienda allí donde alcanza su apogeo y mostrar que la victoria corresponde a la vida.

¹¹ *Crimen y castigo*, pág. 667.

Lo mismo cabe aplicar, por supuesto, a otros fenómenos, a todas las innumerables formas de colisión entre la teoría y la vida. En todas partes la vida detiene el movimiento que se le opone, en todas partes lucha exitosamente contra la violencia que ejercen sobre ella. Por ejemplo, hay mujeres que han adoptado un desenvuelto tono masculino, si bien son pocas. Otras, por mucho que lo intenten, se traban cuando se ponen a hablar de la regla o de los órganos urinarios. Diríase que no hay nada más sencillo que lo que se denomina «matrimonio civil». Sin embargo, ese matrimonio, al igual que todas las indecencias, constituye apenas una excepción. A menudo, los nihilistas y las nihilistas se casan con toda tranquilidad en las iglesias, como todos los demás mortales. Esa gran desenvoltura que, bajo la influencia del nihilismo, se han permitido los jóvenes, ha llevado, como se sabe, a la concertación de muchos matrimonios tan puros y, acaso, más felices que aquellos en los cuales el nihilismo no ha tenido parte.

Así pues, en este caso ninguna persona sensata que comprenda cómo funcionan las cosas en la vida creará en acusaciones de índole general, en caso de que estas hayan sido proferidas. Menos aún es posible extraer una acusación general de la novela de Dostoievski; eso sería cien veces más absurdo que, por ejemplo, concluir de *Otelo* de Shakespeare que todos los maridos celosos matan a sus esposas, o de *Mozart y Salieri* de Pushkin que todos los que sienten envidia envenenan a sus amigos talentosos.

Demostremos ahora, con fragmentos de la novela, que nuestro planteamiento de la cuestión es correcto. Que Raskólnikov no está loco es incluso extraño de demostrar. En la novela misma, los personajes más próximos a él, al ver sus sufrimientos y sin entender las fuentes de esa extraña conducta a la que lo llevan sus tormentos internos, comienzan a sospechar que se está volviendo loco. Pero después el enigma se resuelve. Queda al descubierto un asunto *mucho más increíble*, a saber: que no es un *loco*, sino un *criminal*.

La novela está escrita de un modo objetivo: el autor no habla con expresiones abstractas de la inteligencia y el carácter de sus personajes, sino que directamente los hace actuar, pensar y sentir. En particular, casi no describe a Raskólnikov, el protagonista. Sin embargo, este aparece como un hombre dotado de una inteligencia lúcida, un carácter firme y un corazón noble. Así es en todos sus demás actos, excepto en su crimen. Así lo

contemplan los restantes personajes, sobre los cuales, *gracias a sus capacidades*, evidentemente se eleva. He aquí lo que dice de Raskólnikov el investigador Porfiri (se lo dice a la cara):

Comprendo lo que es sobrellevar todo esto para una persona, abrumada pero orgullosa, autoritaria e impaciente, ¡sobre todo impaciente! En todo caso lo considero a usted una persona nobilísima, e incluso con gérmenes de magnanimidad¹².

Incluso el terrible acto cometido por Raskólnikov indica, para quienes lo conocen de cerca, la fortaleza de su alma, por más alterada y extraviada que esté.

Resultó infame, esta es la verdad, pero usted de todos modos no es un infame sin esperanzas. ¡No es en absoluto un infame de esa naturaleza! Por lo menos no se embromó a sí mismo durante mucho tiempo, llegó de una sola vez hasta los últimos mojonos. ¿Porque cómo lo considero yo a usted? Yo a usted lo considero como uno de esos que, aunque le arranquen las tripas, van a permanecer de pie e incluso a mirar a los torturadores con una sonrisa... con solamente encontrar la fe o a Dios. Bien, busque, y va a vivir¹³.

El autor, por lo visto, quiso mostrar un alma fuerte, a un hombre lleno de vida, y no a uno débil y trastornado. El secreto de las intenciones del autor se pone particularmente de manifiesto en las palabras que coloca en boca de Svidrigáilov, quien explica de este modo a la hermana de Raskólnikov el acto de su hermano:

Ahora *todo se ha vuelto confuso*; es decir: por otra parte, nunca nada estuvo particularmente en orden. Los *rusos* en general son gente *amplia*, Avdotia Románovna, amplia, como su tierra, y extraordinariamente propensos a lo fantástico, a lo desordenado, y es una desgracia ser *amplios sin una particular genialidad*. Pero recordará cuánto hemos hablado de este mismo género y sobre este mismo tema nosotros dos, sentados por las noches en la terraza del jardín, siempre después de la cena. Todavía usted me reprochaba precisamente esta amplitud. Quién sabe, quizá estábamos hablando al mismo tiempo que él estaba aquí echado y daba vueltas a lo suyo. *Es que en nuestra culta sociedad no tenemos particularmente tradiciones sagradas*, Avdotia Románovna, acaso hay quien se las cree a través de los libros... o saque alguna cosa de los anales. Pero esto principalmente los sabios y, usted sabe, en su género son siempre unos papanatas, de modo que incluso no es algo conveniente para una persona mundana¹⁴.

¹² *Ibid.*, pág. 554.

¹³ *Ibid.*, págs. 565-566.

¹⁴ *Ibid.*, págs. 505-506. (Cursiva de Strájov).

Aquí se revela todo el alcance de las intenciones del autor. Quiso representar la amplia naturaleza rusa, es decir, una naturaleza vivaz, poco propensa a seguir los carriles trillados y transitados de la vida, capaz de vivir y sentir de diferentes maneras. El autor rodeó esa naturaleza, viva y a la vez indefinida, de un entorno en el cual *todo se ha vuelto confuso*, en el que ya hace mucho que no existen *tradiciones particularmente sagradas*. El propio Svidrigáilov, que lanza esa acusación general contra nuestra sociedad culta (ahí tienen esa acusación que tanto buscaban), representa algo así como la vieja generación de esas mismas naturalezas y de esa misma sociedad, en paralelo a Raskólnikov, miembro de la nueva generación. A pesar del carácter fantástico de Svidrigáilov, en él es posible reconocer rasgos muy familiares del estado no tan lejano de nuestro estamento culto y acomodado. Depravación, una crueldad con los siervos que llegaba hasta la matanza, fechorías secretas y ausencia de cualquier instancia sagrada en el alma: hacia ese lado también se han arrojado las amplias naturalezas humanas para gastar en algo sus fuerzas. Raskólnikov también es un hombre con muchas ganas de vivir que necesita cuanto antes una salida, acción. Tales personas no pueden permanecer inactivas; la sed de vida, *de la que sea*, pero ahora, cuanto antes, los lleva a cometer disparates, a violentar su alma e incluso a la perdición.

En los periódicos han escrito que Raskólnikov perpetra su asesinato movido por fines filantrópicos, que lo justifica apelando a intenciones benéficas. Pero el asunto no es tan sencillo. La principal raíz de la que surgió la monstruosa intención de Raskólnikov reside en cierta teoría que él desarrolla repetidas veces y con toda consecuencia; el propio asesinato deriva del irresistible deseo de *llevar a la práctica* su teoría. Así es como el investigador Porfiri caracteriza el acto de Raskólnikov:

Aquí se trata de algo fantástico, lúgubre, un caso contemporáneo, un hecho de nuestro tiempo, cuando *se ha enturbiado el corazón humano*, cuando se cita la frase de que la *sangre “refresca”*, cuando toda la vida es predicada sobre el confort. Aquí se trata de sueños librescos, de un *corazón irritado teóricamente*, es visible la *resolución por dar el primer paso*, pero una resolución de un género particular... se resolvió, pero como si cayera de una montaña o se precipitara de un campanario, y al crimen llegó como si *no fuera sobre sus pies*. Se olvidó de cerrar la puerta tras él, y asesinó, a dos asesinó, siguiendo una teoría. Asesinó, pero no supo tomar el dinero, y lo que

alcanzó a agarrar lo metió bajo una piedra. [...] Asesinó, pero se considera una persona honrada, *desprecia a la gente*, anda como un ángel pálido¹⁵.

¿En qué consiste esa *teoría* que tanto ha cautivado y atormentado a este joven? La novela la expone en varios pasajes con detalle y precisión; se trata de una teoría muy clara y lógicamente coherente. Además, no asombra por su extrañeza; no es la lógica de un loco; por el contrario, y en palabras de Razumijin: «Esto no es nuevo y *se parece* a todo lo que ya hemos leído y escuchado mil veces»¹⁶.

Esa teoría, nos parece, puede reducirse a tres puntos principales. El *primero* consiste en una mirada muy orgullosa y despectiva hacia los hombres basada en la conciencia de la propia superioridad intelectual. En este sentido, Raskólnikov era muy orgulloso.

A algunos camaradas les parecía que los miraba como si fueran niños, con altanería, como si los aventajara en su desarrollo, en su conocimiento y en sus convicciones, y que miraba las convicciones e intereses de los otros como algo inferior¹⁷.

De ese orgullo surge una mirada despectiva y arrogante sobre los hombres, como si les negara el derecho a la dignidad humana. La vieja usurera, para Raskólnikov, es un *piojo*, no una persona. Ya mucho después del crimen, ya cuando se había decidido a declararse culpable y salido con esa intención a la calle, vuelve a experimentar un arrebató de orgullo y expresa su concepción de los hombres en estos términos:

Ellos andan por la calle de un lado para el otro, y cualquiera de ellos es un infame y un bandolero ya por su propia naturaleza. *Peor que eso... ¡es un idiota!*¹⁸

El *segundo* punto de la teoría consiste en cierta mirada sobre el curso de los asuntos humanos, sobre la historia; esa mirada deriva directamente de la concepción despectiva sobre los hombres en general.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 561. (Cursiva de Strájov).

¹⁶ *Ibid.*, pág. 323. (Cursiva de Strájov).

¹⁷ *Ibid.*, pág. 64.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 641. (Cursiva de Strájov).

Yo entonces siempre me preguntaba: ¿por qué soy tan estúpido que, si los otros son estúpidos y yo sé con certeza que son estúpidos, yo mismo no quiero ser más inteligente? Después supe, Sonia, que si había que esperar a que todos fueran inteligentes iría para demasiado largo... Todavía después supe que esto no sucedería nunca, que las personas no cambiarían y nadie podría modificarlas, ¡y que no valía la pena hacer esfuerzos! ¡Sí, es así! Esta es su ley... [...] ¡Y ahora sé, Sonia, que quien es resistente y fuerte de mente y espíritu es el amo de aquellos! *Quien se atreva a más es quien tendrá razón entre ellos*. Quien pueda escupir en más cosas será su legislador, ¡y quien pueda atreverse más que cualquiera será el que más razón tenga! ¡Así ha sucedido hasta ahora y así será siempre! ¡Solo un ciego no lo vería! [...] Entonces adiviné, Sonia –continuó él, extasiado–, que el poder le es dado solamente a aquel que se atreva a agacharse y tomarlo. En esto se trata solo de una cosa, de una: ¡basta solo atreverse! ¡Entonces me surgió una idea, por primera vez en la vida, que nunca nadie antes que yo había imaginado! ¡Nadie! ¡De pronto me pareció claro como el sol que cómo era posible que ni uno solo hasta el momento se hubiera atrevido ni se atreviera, pasando por alto *todos estos absurdos, a tomar pura y sencillamente todo por la cola y aventarlo al diablo!* Yo... yo quise *atreverme*¹⁹.

Los lectores, por supuesto, conocen bien esas negaciones de la verdad y del sentido en la historia, esa mirada sobre los fenómenos históricos según la cual todos estos son producto de una violencia basada en equívocos. Esa mirada, la del *despotismo ilustrado*, ocasionó en Europa occidental inmensas revoluciones y aún sigue engendrando a personas que se permiten *todos los medios* para modificar el curso de la historia universal, que se consideran con derecho a arrogarse el lugar de legisladores y fundadores de un orden de cosas nuevo y racional. Esas personas ya no viven bajo ninguna autoridad, pues ellas mismas se han colocado como autoridad para la humanidad. Al igual que Raskólnikov, desearían, si pudieran, «tomar todo por la cola y aventarlo al diablo». Pero actúan considerando que su fin es un *bien para la humanidad*, y se meten con la historia de los pueblos. Por eso, por un lado, sus esfuerzos adquieren el carácter de desinterés y abnegación, pero, por el otro, su actividad nunca es exitosa. La historia no los obedece y sigue *su* rumbo. Los estúpidos pueblos no comprenden el *bien* que les ofrecen las personas inteligentes.

Bajo la influencia del egoísmo propio de la juventud, Raskólnikov dio un paso más en el camino de esas concepciones. Dicho paso es lo que constituye esa idea que, según sus palabras, *solo él inventó y nunca nadie había aún inventado*. De ese modo llegó

¹⁹ *Ibid.*, págs. 514-515. (Excepto «atreverme», cursiva de Strájev).

al *tercer* y último punto de su teoría. Citemos el pasaje donde más claramente se expresa esa idea.

Raskólnikov se ríe para sus adentros de los socialistas:

¿Por qué hace un rato el tontito de Razumijin denostaba a los socialistas? Es gente laboriosa y de comercio, se ocupan de “la felicidad común”... No, a mí la vida me fue dada una sola vez y nunca más habrá otra: no quiero esperar “la felicidad común”. Quiero vivir yo mismo, si no mejor no vivir. ¿Qué? Lo único que no he querido es pasar por delante de una madre hambrienta, apretando mi rublo en el bolsillo, a la espera de “la felicidad común”. “Aporto un ladrillito para la felicidad común y así siento tranquilidad de corazón.” ¡Ja, ja! ¿Para qué me dejaron pasar? Porque yo vivo una vez sola, y también quiero...²⁰

Y he aquí que Raskólnikov se decide a perturbar el curso habitual de los asuntos y se permite cualquier medio no para modificar el rumbo de la historia universal, sino para modificar su destino personal y el de sus seres queridos. Qué es lo que perseguía en ese sentido, se lo explica con detalle a Sonia.

Tú sabes que mi madre no tiene casi nada. Mi hermana ha recibido una educación, casualmente, y está condenada a andar de un lado a otro como gobernanta. Todas las esperanzas de ellas estaban puestas solo en mí. Yo estudiaba, pero no podía mantenerme en la universidad y por un tiempo fui forzado a dejar. Incluso si así la cosa se estiraba, en unos diez, doce años (si las circunstancias se hubieran dado vuelta para bien) yo de todos modos podía tener esperanzas de ser maestro o funcionario, con mil rublos de sueldo... (Hablaba *como si fuera algo aprendido*.) Pero para entonces mi madre se hubiera marchitado de preocupaciones y de pena, y yo de todos modos no hubiera conseguido darle tranquilidad, y mi hermana... bueno, ¡con mi hermana podía suceder algo todavía peor!... ¿Y dónde está el gusto de pasar de largo de todo durante toda la vida y a todo dar la espalda, olvidarme de mi madre, y la ofensa a mi hermana, por ejemplo, soportarla honrosamente? ¿Para qué? ¿Para, una vez que las he enterrado, hacerme de otros, una mujer e hijos, y también después dejarlos sin una moneda de dos kópeks y sin un bocado? Bueno... y yo resolví que una vez que me apropiara del dinero de la vieja lo utilizaría para mis primeros años, sin atormentar a mi madre, para mi mantenimiento en la universidad, para los primeros pasos después de la universidad, y hacer todo esto con amplitud, radicalmente, de manera de construirme completamente toda una nueva carrera, y entrar en un camino nuevo, independiente...²¹

²⁰ *Ibid.*, pág. 337.

²¹ *Ibid.*, pág. 512. (Cursiva de Strájov).

Esos son los fines que perseguía Raskólnikov. Pero no fueron ellos los que directamente motivaron el crimen, pues podían sugerirle a Raskólnikov los esfuerzos más diversos: el inevitable asesinato no se desprende lógicamente de ellos. Al contrario, se desprende rigurosamente de su teoría egoísta. Por eso, tras las palabras que hemos citado, Raskólnikov comienza de inmediato a decir «no se trata de eso», que «miente, que ya hace mucho que miente», etc. Es obvio que su principal motivación, aquello que excitaba su imaginación era la exigencia de aplicar su teoría, de *llevar a la práctica aquello que se permitía en el pensamiento*.

En otro pasaje Raskólnikov expresa claramente su principal motivación para el crimen.

¡Lo de la viejita es una tontería! —pensó vehemente y arrebatadamente—, ¡lo de la vieja, aunque sea un error, no tiene nada que ver! La vieja era solamente una enfermedad... *yo quería pasar cuanto antes del otro lado... no fue una persona lo que asesiné, ¡asesiné un principio!*²²

He aquí la quintaesencia del crimen. Se trata del *asesinato de un principio*. No eran los tres mil rublos lo que atraía a Raskólnikov; aunque sea extraño decirlo, lo cierto es que, si hubiera podido hacerse de ese dinero mediante el robo, la trampa en el juego o cualquier otro fraude menor, difícilmente se habría resuelto. Lo que lo atraía era asesinar un principio, permitirse lo que está más prohibido. El teórico no sabía que, al asesinar el principio, al mismo tiempo atentaba contra la vida misma de su alma; sin embargo, una vez que asesinó comprendió, mediante terribles tormentos, *qué* crimen había cometido.

Esas son las tareas que se planteó el autor. Unas tareas enormes, de incomparable importancia. La más profunda desfiguración de la concepción moral y, luego, el retorno del alma a sentimientos y conceptos verdaderamente humanos: ese es el tema general sobre el que versa la novela de Dostoievski. En el siguiente artículo intentaremos examinar cómo el autor resolvió su tarea. Ahora solo señalemos aquello que el lector, por supuesto, es capaz de adivinar sin nuestra ayuda: Dostoievski tomó su objeto en aquellas dimensiones y lo representó con singular maestría en aquellos aspectos que estaban más

²² *Ibid.*, págs. 336-337. (Cursiva de Strájov).

a su alcance y en los cuales, por tanto, más podía manifestarse la profundidad y singularidad de su talento.

Artículo segundo y último

Raskólnikov no es un tipo. Es decir, no es tan peculiar, no representa rasgos tan definidos y orgánicamente ligados entre sí para que su imagen surja ante nosotros como una persona real. En particular, no constituye un tipo nihilista, sino una modificación de ese tipo de auténtico nihilista que más o menos todos conocemos y que antes y mejor que nadie fue entrevistado por Turguénev en su Bazárov.

¿Y qué? ¿Acaso eso es un obstáculo para la novela? Creemos que quien la haya leído convendrá con nosotros en que la falta de una mayor tipicidad no perjudica la tarea, sino que incluso parece favorecerla. La indefinición, la *juvenil* indefinición e indeterminación de Raskólnikov se ajusta muy bien a su acto *fantástico* (según las palabras de Porfiri). Además, involuntariamente se siente que Bazárov de ninguna manera habría cometido *semejante acto y de esa manera*. Por tanto, no se puede afirmar que la elección de Dostoievski de ese hombre sea incorrecta.

Pero es evidente que aquí lo principal no reside en el hombre ni en el bosquejo de determinado tipo. No es ese el centro de gravedad de la novela. El objetivo de esta no consiste en mostrar a los lectores un tipo nuevo, representar a «pobres» gentes, a un hombre «del subsuelo», a los habitantes de la «casa muerta», a «padres e hijos», etc. Toda la novela gira alrededor de un único acto: cómo surgió y se cometió cierta *acción* y qué consecuencias implicó en el alma de quien la cometió. Y así es como se llama la novela; no lleva el nombre de una persona, sino el nombre del suceso que ocurre con esta. El tema está designado con toda claridad: se trata del *crimen* y del *castigo*.

En este sentido, todos acordarán en que la novela de Dostoievski es muy típica. De un modo asombrosamente típico se representan todos los procesos que tienen lugar en el alma del criminal; eso es lo que constituye el tema principal de la novela y lo que deja estupefactos a los lectores. La novela capta con profundidad y viveza cómo la idea del crimen nace y gana fuerza en el hombre; cómo lucha con ella el alma, que siente

instintivamente el horror de esa idea; cómo el hombre que ha alimentado en su fuero interno un mal pensamiento casi termina viéndose privado de voluntad y razón y se somete ciegamente a él; cómo el hombre comete *mecánicamente* un crimen que durante largo tiempo maduró orgánicamente en su interior; cómo surgen después en él el temor, el recelo, la maldad hacia los hombres, de los que pende sobre él el castigo; cómo empieza a sentir asco de sí mismo y de su acto; cómo el contacto con la vida real y cálida suscita en él los tormentos de un inconsciente arrepentimiento; cómo, por último, su endurecida alma no resiste y se ablanda hasta sentir ternura.

Ante ese terrible proceso, la personalidad de Raskólnikov, con sus particularidades, se borra y desaparece. Primero lo devoró su pervertida idea; después, con irresistible fuerza, se despierta en él el *hombre*, el alma humana, y su despertar, con el que él intenta coincidir, lo atormenta. En tales fenómenos, la individualidad del personaje, naturalmente, debe quedar en un segundo plano. Así sucede por el propio sentido de la novela. El crimen no es en absoluto una acción característica de la personalidad de Raskólnikov; las personas entre cuyas características figura el crimen perpetran este tipo de acciones con mucha más facilidad y de un modo completamente *distinto*. A Raskólnikov sencillamente le tocó *cargar* (*перенести на себе*) con el crimen; puede decirse que el crimen fue *algo que le ocurrió* y que su alma reaccionó a él como en general lo haría el alma de *cualquier* persona.

Pues bien, está claro que la personalidad de Raskólnikov queda abrumada por el suceso y no representa una imagen típica clara. En este sentido, el propio tema colocó al autor en una situación ventajosa, ya que le dio la posibilidad de expresar toda la fuerza de su talento pese a esa falta de cabal tipicidad. Más derecho tenemos a exigir una mayor tipicidad en los restantes personajes de la novela, que son muchos y están plasmados de una manera muy heterogénea. Los más logrados, e incluso acabados, son el borracho Marmeládov y su esposa Katerina Ivánovna. Son tipos reales trazados con nitidez y viveza. En ellos se reflejan claramente las principales virtudes del talento de Dostoievski: mostró a los lectores que es posible albergar simpatía por esas personas tan débiles, ridículas y lamentables que han perdido toda la fuerza para dominarse a sí mismas y parecerse a los demás.

Pero la principal facultad del autor, como ya hemos señalado, no reside en los tipos, sino en la representación de situaciones, en la capacidad de captar en profundidad los distintos movimientos y conmociones del alma humana. En este sentido, en muchos pasajes de su nueva novela ha alcanzado una maestría absoluta y asombrosa.

La novela está concebida y organizada con gran sencillez, pero de modo correcto y riguroso. Raskólnikov lleva tres años viviendo en Petersburgo, solo, apartado de su familia y pasando grandes necesidades. Esos tres años, por supuesto, fueron la época en la que su joven inteligencia empezó a desarrollar una comprensión de la vida, y lo hizo con la pasión y la univocidad de la juventud. La novela comienza cuando la idea del crimen ya está madura. Raskólnikov ya hace mucho que se ha distanciado de sus compañeros y vive en absoluta soledad. «Desde hacía algún tiempo se hallaba en un estado de tensión e irritación, parecido a la hipocondría»²³ y «rehuía cualquier trato»²⁴.

Más tarde Raskólnikov describe muy bien su estado en aquel período. Señala incluso esas *inclinaciones* personales que alimentaban su mal pensamiento y que él interpretaba a su favor.

Supón que yo soy alguien *lleno de amor propio*, envidioso, malo, *abominable*, *vengativo*... [...] Hace un rato te dije que no podía mantenerme en la universidad. ¿Pero sabes que quizá podía? Mi madre me hubiera mandado, para abonar lo que fuera necesario, y para las botas, la ropa y la comida yo mismo hubiera podido ponerme a trabajar, ¡ciertamente! Surgían lecciones, me ofrecían cincuenta kópeks por cada una. ¡Trabaja Razumijin! Pero yo me enfurecí y no quise. Precisamente eso: *me enfurecí* (¡esta es una buena palabra!). *Entonces, como una araña, me agazapé en mi rincón*. Tú has estado en ese tugurio, lo viste... ¿Y sabías, Sonia, que los techos bajos y las habitaciones estrechas estrechan el alma y la mente? ¡Oh, cómo odiaba yo ese tugurio! Pero de todos modos no quería salir de él. ¡Adrede no quería! No salía durante días enteros y no quería trabajar, e incluso comer tampoco quería, y estaba echado todo el tiempo. Si Nastasia me trae, comeré; si no me trae, así pasará el día. *¡Expresamente, de rabia no preguntaba!* De noche no hay luz, estoy acostado en la oscuridad, pero no quiero ponerme a trabajar para comprar velas. Era preciso estudiar, vendí los libros, y sobre la mesa, sobre los apuntes y sobre los cuadernos todavía ahora hay un dedo de polvo. *Yo prefería estar acostado y pensar. Y pensaba todo el tiempo...*²⁵

²³ *Ibid.*, pág. 3.

²⁴ *Ibid.*, pág. 13.

²⁵ *Ibid.*, págs. 513-514. (Excepto «me enfurecí», cursiva de Strájov).

El amor propio y ese enfurecimiento que deriva de él: esos son los rasgos de Raskólnikov en los que hizo pie la idea del crimen. El proceso que a menudo tiene lugar en el alma del criminal está representado a la perfección: el hombre se incita, se instiga a un acto terrible, trata de extasiarse hasta olvidarse de sí mismo. La novela se abre en el momento en que ese proceso ha alcanzado pleno desarrollo. Raskólnikov va al departamento de la usurera para *hacer una prueba*.

Pero la naturaleza se subleva en su interior y el joven es presa de un *sentimiento de infinita repugnancia*²⁶. De pronto algo lo atrae hacia la gente²⁷ y se encuentra con Marmeládov, lo acompaña a su casa y ve a su familia. Ese cuadro suscita en él un nuevo aflujo de rabia, y su mal pensamiento renace²⁸. Recibe una carta de la madre con malas noticias: la hermana se sacrifica por el bien de la madre y el hermano. El enfurecimiento de Raskólnikov alcanza el apogeo. La agitación y la lucha interior que desata esa carta en Raskólnikov está narrada a la perfección. Dolorosamente, examina todo lo irremediable de su situación, toda su impotencia para remendar el asunto.

De repente se estremeció: un solo pensamiento, también de ayer, vino de nuevo a su cabeza. Pero no se estremeció porque este pensamiento hubiera reaparecido. Puesto que él sabía, *presentía*, que infaliblemente “iba a venirle”, e incluso lo esperaba; y por otra parte este pensamiento no había nacido del todo ayer. Pero la diferencia estaba en que un mes atrás, e *incluso todavía ayer*, se trataba *solo* de una fantasía, y ahora... ahora apareció de repente no como una fantasía, sino bajo un aspecto en cierto modo nuevo, terrible y completamente desconocido para él, y de repente se dio cuenta de esto... Algo golpeó en su cabeza y la mirada se le ensombreció²⁹.

Raskólnikov ya no se domina; su *pensamiento* se ha apoderado de él. El encuentro con una muchacha que acaba de ser arrastrada hacia el camino del vicio aviva aún más profundamente en su corazón la conmiseración por su hermana. En un intento instintivo de escapar de su malvado pensamiento, se dirige a casa de Razumijin. Pero no sabe lo que hace, y, cuando vuelve en sí, decide: «Iré a lo de Razumijin [...] al día siguiente

²⁶ *Ibid.*, pág. 11.

²⁷ *Ibid.*, pág. 13.

²⁸ *Ibid.*, pág. 34.

²⁹ *Ibid.*, págs. 57-58. (Excepto «presentía», cursiva de Strájov).

después de *aquello*, cuando ya *aquello* esté terminado y cuando todo marche de otra manera...»³⁰.

Pero de nuevo, y por última vez, se despierta con toda fuerza en él el alma. Se aleja sin rumbo fijo de esa casa, de ese rincón, de «ese horrible armario donde había venido madurando *esto*»³¹. En el camino se duerme sobre el banco de un parque y tiene un penoso sueño en el que se expresa la protesta del alma contra el acto concebido. Sueña que es un niño que solloza de conmiseración al ver cómo matan inhumanamente a un caballo. Cuando se despierta, agobiado por las impresiones del sueño, por fin siente con claridad cómo se opone su naturaleza al crimen que ha premeditado.

“¡No lo soportaré, no lo soportaré!” [...] Estaba pálido, sus ojos le ardían, sentía el decaimiento en todos sus miembros, pero de pronto empezó a respirar como más aliviado. Sintió que ya había arrojado de sí este terrible peso, que durante tanto tiempo lo había agobiado, y en su alma sintió alivio y paz. “¡Señor!”, rogó, “¡muéstrame mi camino y yo renegaré de este maldito... sueño mío!”³².

Seguir contando es casi imposible. Raskólnikov, atormentado y extenuado por su lucha interior, acaba sometándose al pensamiento que desde hacía tanto le había corrompido el alma. La descripción del crimen es asombrosa; no es posible transmitirla con otras palabras. Raskólnikov cumple ciega y mecánicamente su ya afianzado propósito. Su alma queda pasmada; Raskólnikov actúa como en sueños, sin comprender lo que hace; sus actos son incoherentes y azarosos. Es como si en él hubiera desaparecido todo lo humano y solo una astucia animal, el instinto animal de autoconservación le hubieran permitido acabar el asunto y evitar ser capturado. Su alma agonizaba, pero el animal estaba vivo.

Después del crimen, para Raskólnikov comienza una doble sucesión de tormentos. En primer lugar, los tormentos del miedo. A pesar de que todas las pistas están ocultas, el recelo no lo abandona ni un instante, y el menor motivo para el temor le infunde un doloroso espanto. En segundo lugar, los sentimientos que experimenta un asesino al acercarse a los demás, a personas sobre las que nada gravita en su alma, que están llenas

³⁰ *Ibid.*, pág. 66.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, págs. 75-76.

de vida y calidez. Ese acercamiento se produce de dos maneras. Primero, el propio criminal se siente atraído hacia las personas vivas porque quisiera estar en un pie de igualdad con ellas, deshacerse de ese obstáculo que él mismo ha puesto entre ellas y él. Por eso Raskólnikov va a ver a Razumijin. «Yo había dicho... antes de ayer... que iría a su casa al día siguiente después de *aquello*, ¡y bueno...!, ¡iré! *Como si no pudiera pasar ahora...*»³³. Por esa misma razón comienza a ocuparse con tanto celo de Marmeládov, que ha sido atropellado, y se acerca a su huérfana familia, en especial a Sonia.

La segunda circunstancia por la que Raskólnikov aparece en medio de personas vivas y próximas a él reside en la llegada de su familia a Petersburgo. Aquella carta que había servido como último disparador para el asesinato contenía la noticia de que la madre y la hermana de Raskólnikov debían viajar a Petersburgo, donde la hermana se sacrificaría casándose con Luzhin.

Así pues, Raskólnikov, que hasta entonces ha estado solo y apartado de la gente, ahora, sin querer, está rodeado de sus seres queridos. El lector siente que si esas personas hubieran estado cerca de Raskólnikov antes, él jamás habría cometido el crimen. Pero ahora, con el crimen ya cometido, esas personas suscitan en el alma del criminal todos los tormentos que puede provocar el roce de la vida con un alma que se ha desfigurado y entumecido en su desfiguración.

Tal es la estructura de la novela, muy sencilla pero, a la vez, muy correcta y refinada.

También está correctamente desarrollada cierta gradualidad en los sufrimientos espirituales del criminal. Raskólnikov primero está abrumado por lo sucedido y hasta se enferma. Su primer intento de reunirse con personas vivas, el encuentro con Razumijin, sencillamente lo aturde.

³³ *Ibid.*, pág. 138. (Excepto «*aquello*», cursiva de Strájov).

Cuando subía a lo de Razumijin no había pensado que, por consiguiente, debía encontrarse cara a cara con él. Ahora, en este instante, ya en la situación, adivinó que *a lo que menos predispuesto* estaba en este momento era a encontrarse cara a cara con nadie en el mundo entero.³⁴

Se retira sin ser dueño de sus actos. Del mismo modo lo abruman los primeros tormentos del miedo, que se resuelven en un sueño terrible y penoso³⁵ tras el cual Raskólnikov se enferma.

Poco a poco, sin embargo, el criminal gana fortaleza. Se encuentra con Razumijin, se vale de astucias con Zamiotin, participa activamente en el destino de la familia Marmeládov, en el destino de su hermana, elude al astuto investigador Porfiri, le cuenta su secreto a Sonia, etc. Pero, a medida que el criminal se domina a sí mismo, su sufrimiento no mengua, sino que se vuelve más constante y definido. Primero siente todavía arrebatos de alegría, cuando el miedo, ahuyentado por alguna casualidad, se retira de pronto de su corazón o cuando logra tratar con otra gente y sentirse aún una persona. Pero después esas oscilaciones desaparecen.

Una cierta particular tristeza comenzó a manifestársele en el último tiempo. No había en ella nada particularmente corrosivo, quemante, pero despedía algo permanente, eterno, se presentían años sin salida posible de esta fría y aniquiladora tristeza, se presentía cierta eternidad en un “arshin de espacio”³⁶.

Esos son los motivos sobre los que gira la parte más extensa y central de la novela. Puede señalarse —aunque, a decir verdad, en tales asuntos es difícil confiar en el propio parecer y es mejor entregarse a la perspicacia del artista— que en el alma de Raskólnikov, además de miedo y dolor, debería ocupar un lugar importante un tercer tema: el *recuerdo del crimen*.

La imaginación y la memoria del criminal, diríase, deben regresar más a menudo a la escena del terrible acto. Para explicar nuestra idea, citaremos la notable descripción del crimen en la novela de Dickens *Nuestro amigo común*. El maestro Bradley Headstone

³⁴ *Ibid.*, pág. 139. (Cursiva de Strájov).

³⁵ *Ibid.*, págs. 143-145.

³⁶ *Ibid.*, pág. 525.

asesina a Eugene Wrayburn. El estado del asesino inmediatamente después de cometer el crimen y de librarse del peligro es descrito como sigue:

No obstante, también sufría un estado de ánimo más agotador y fatigoso que el remordimiento. No sentía remordimiento; pero el malhechor que es capaz de mantener a raya a ese vengador no puede huir de la más lenta tortura de *volver a cometer, una y otra vez*, el hecho malvado, y de una manera más eficaz. En las declaraciones defensivas o supuestas confesiones de los asesinos se puede rastrear la sombra de esta tortura en cada mentira que cuentan. “De haber cometido el crimen de que me acusan, ¿es concebible que hubiera caído en ese error? De haber cometido ese crimen, ¿habría dejado abierta esa puerta que este falso y malvado testigo aprovecha para declarar de manera infame en mi contra?” El estado de ánimo del desgraciado que continuamente encuentra puntos débiles en su crimen, y se esfuerza para apuntalarlos cuando ya nada se puede cambiar, agrava el delito *al cometerlo mil veces en lugar de una*; pero también es un estado que, en el caso de naturalezas hurañas y que no se arrepienten, les inflige cada vez su peor castigo.

La imaginación de Bradley seguía en ebullición, encadenado fuertemente a la idea de su odio y de su venganza, pensando que quizá podría haber saciado ambas de una manera mejor que como lo había hecho. El instrumento podría haber sido mejor, el lugar y la hora se podrían haber elegido mejor. Golpear a un hombre por detrás en la oscuridad, en la orilla de un río, no había sido mala idea, pero debería haberlo dejado sin sentido enseguida, e impedir que el atacado se volviera y agarrara a su atacante; al no haberlo impedido, y para acabar antes de que pudiera llegarle alguna ayuda fortuita y desembarazarse de él, había tenido que arrojarlo apresuradamente al río antes de terminar de rematarlo a golpes. Si ahora pudiera volver a hacerlo, lo haría de otra manera. Supongamos que le hubiera tenido la cabeza bajo el agua un buen rato. Supongamos que el primer golpe hubiera sido el más certero. Supongamos que le hubiera pegado un tiro. Supongamos que lo hubiera estrangulado. Supongamos eso, esto y lo otro. Supongamos lo que sea, menos desembarazarse de esa obsesión, pues eso era inexorablemente imposible.

La escuela volvió a abrir al día siguiente. Los alumnos apenas vieron cambio alguno en la cara del maestro, pues siempre ponía aquella expresión de alguien que piensa despacio. Pero, mientras escuchaba el ruido de sus clases, *no dejaba de volver a cometer el crimen*, y cada vez mejor. Cuando se quedaba parado delante de la pizarra negra, con la tiza en la mano, antes de escribir, pensaba en el lugar, y en si el agua no era más profunda y la caída más vertical, si tenía más altura o menos. Casi le entraban ganas de trazar un par de líneas en la pizarra y mostrar a qué se refería. *Lo hacía una y otra vez*, siempre mejorándolo; en sus oraciones, en la aritmética mental, mientras preguntaba las lecciones, todo el día³⁷.

³⁷ Seguimos la traducción de Damián Alous publicada en Random House, 2010 (consultada en edición digital). (Cursiva de Strájov).

Pareciera que algo semejante debe sucederle a Raskólnikov. Sin embargo, este solo en dos ocasiones regresa con la imaginación a su crimen. Aquí hay que hacer justicia al autor y reconocer que ambas evocaciones están representadas con asombrosa fuerza. La primera vez, Raskólnikov acude por sí mismo al lugar del crimen, movido por una involuntaria atracción. La segunda vez, después de que un pequeño burgués lo llamara «asesino» en la calle, Raskólnikov tiene un sueño en el que vuelve a matar a su víctima. Ese sueño, así como los dos precedentes que hemos mencionado, constituyen acaso las mejores páginas de la novela. El carácter fantástico propio de los sueños está plasmado con admirable relieve y verosimilitud. El vínculo *extraño* pero profundo con la realidad está captado en toda su extrañeza. Con ellos no se puede comparar el último sueño que Raskólnikov tiene en prisión, que es una manifiesta invención, una fría alegoría.

Así pues, la parte central de la novela está en su mayor parte dedicada a representar los ataques de miedo y de ese dolor espiritual en el que se refleja el despertar de la conciencia. Según su procedimiento habitual, el autor escribió muchas variaciones sobre esos temas. Una tras otra, nos describe todas las variantes de esos idénticos sentimientos, lo cual confiere monotonía a la novela, aunque no le quita interés. Pero la novela abrumba y atormenta al lector en lugar de pasmarlo. Los momentos de estupefacción que experimenta Raskólnikov se pierden en medio de sus incesantes tormentos, que ora menguan, ora arrecian. No se puede decir que eso sea incorrecto, pero sí cabe señalar que no es claro. La narración no gira alrededor de determinados puntos que, de pronto, iluminen para el lector toda la profundidad del estado espiritual de Raskólnikov.

Sin embargo, muchos de esos puntos están plasmados en la novela; en esta hay escenas donde el estado espiritual de Raskólnikov aflora con gran nitidez. No nos detendremos en las escenas de temor, en esos ataques de *miedo y astucia animal* (como lo dice el propio autor). Para nosotros, desde luego, es mucho más interesante el aspecto positivo de la cuestión, es decir, aquel en el que el alma del criminal despierta y protesta contra la violencia ejercida sobre ella. Con su crimen, Raskólnikov se apartó de las personas vivas y sanas. Cada contacto con la vida se refleja dolorosamente en su interior. Hemos visto cómo no pudo ver a Razumijin. Más tarde, cuando el bueno de Razumijin empezó a preocuparse y velar por él, la presencia de ese hombre bondadoso irrita a Raskólnikov hasta el frenesí. ¡Pero cuánto alegra a Raskólnikov preocuparse él mismo de

los demás, cuánto lo alegra la ocasión de unirse a la vida ajena con motivo de la muerte de Marmeládov! Es muy buena la escena entre el asesino y la pequeña niña Polia.

Raskólnikov miró el delgadito pero adorable rostro de la niña, que le sonreía y lo miraba alegremente, como hacen los chicos. Había corrido con un encargo que, por lo visto, a ella misma le gustaba mucho. [...]

—Escuche, ¿cómo se llama?... Y además: ¿dónde vive? —preguntó atropellándose, con una vocecita jadeante.

Él le puso sus manos sobre los hombros y la miraba con alguna clase de felicidad. *Le era tan agradable mirarla... él mismo no sabía por qué*³⁸.

La conversación finaliza con un trazo muy profundo. Pólichka le cuenta cómo reza con su madre, con la hermana menor y el hermano; Raskólnikov le pide que rece por él.

Después de ese aflujo de vida, Raskólnikov va a visitar a Razumijin, pero pronto pierde esa momentánea animación y seguridad en sí mismo. Después sobreviene un nuevo golpe: la llegada de la madre y la hermana.

Un grito de alegría y arrebató sucedió a la aparición de Raskólnikov. Las dos se precipitaron sobre él. Pero él se había quedado como muerto; *una insoportable y repentina conciencia lo golpeó como si fuera un trueno*. E incluso sus manos no se levantaban para abrazarlas: *no podían*. Su madre y su hermana lo estrechaban con sus abrazos, lo besaban, reían, lloraban... Él dio un paso, se tambaleó y se desplomó en el suelo desvanecido³⁹.

Cada vez, la presencia de sus seres queridos y la conversación con ellos constituyen una tortura para el criminal. Cuando la madre le explica qué contenta está de verlo, él la interrumpe:

—Basta, mámienka —murmuró él, turbado, sin mirarla a los ojos y apretándole la mano—. ¡Ya tendremos tiempo de hablar hasta que queramos!

Al decir esto, de repente se turbó y palideció: una vez más una reciente y horrible sensación pasó por su alma como un frío de muerte, una vez más se le hizo de repente completamente claro y comprensible que había dicho ahora una horrible mentira, que no solo *no podría nunca hablar hasta que quisiera, sino que ya no podía él hablar más de nada*, jamás ni con nadie. La impresión

³⁸ *Ibid.*, pág. 232. (Cursiva de Strájov).

³⁹ *Ibid.*, pág. 239. (Cursiva de Strájov).

de esta atormentadora idea fue tan fuerte que, por un instante, se olvidó completamente de todo, se levantó del lugar y sin mirar a nadie fue a salir de la habitación⁴⁰.

Naturalmente, esos tormentos suscitan en él odio hacia quienes los provocan.

¡Madre, hermana, cómo las quería yo! ¿Por qué ahora las odio? Sí, las odio, físicamente las odio, no puedo soportarlas a mi lado⁴¹.

Notable es este pasaje en medio de los incoherentes pensamientos de Raskólnikov, casi presa del delirio:

¡Pobre Lizavieta! ¡Por qué vino a presentarse en ese momento!... Es extraño, sin embargo, *¿por qué casi no pienso en ella, como si no la hubiera matado?...* ¡Lizavieta! ¡Sonia! Pobres, mansas, de ojos mansos... ¡Queridas!... ¿Por qué no lloran? ¿Por qué no gimen?... Todo lo entregan... miran mansa y quedamente... ¡Sonia, Sonia! ¡Dulce Sonia!...⁴²

Después Raskólnikov es arrastrado por la lucha contra Luzhin y Svidrigáilov. Pero la idea de volver a entablar de alguna manera vínculos reales con la gente sigue atormentándolo. Va a ver a Sonia para revelar su secreto. En la conversación con ella ve toda su mansedumbre, bondad, tierna compasión. Un instante de enternecimiento se apodera de él.

Él iba siempre de aquí para allá, callado y sin echarle una sola mirada. Finalmente se acercó a ella, sus ojos resplandecían. La tomó de los hombros con ambas manos y la miró directamente al rostro lloroso. Su mirada era seca, inflamada, penetrante, sus labios temblaban intensamente... De repente se inclinó rápidamente y apoyándose en el piso le besó el pie⁴³.

Sin embargo, pospone su confesión para otro momento. Sobreviene una nueva batalla con Porfiri y con Luzhin, y Raskólnikov vuelve a llenarse de vigor. Va a ver a Sonia para confesarse ya con la esperanza de convencerla de que está en lo correcto, pero sus intenciones se hacen polvo ante el contacto con una persona viva.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 281. (Cursiva de Strájov).

⁴¹ *Ibid.*, pág. 338.

⁴² *Ibid.*, págs. 338-339. (Cursiva de Strájov).

⁴³ *Ibid.*, pág. 394.

La escena de la toma de conciencia es la mejor y más importante de toda la novela. Raskólnikov sufre una profunda conmoción.

Él no pudo decir nada. Absolutamente, absolutamente de otro modo había supuesto que iba a *declarar* y él mismo no comprendía lo que ahora le sucedía⁴⁴.

Cuando por fin confiesa su crimen, despierta en Sonia esas palabras y actos que contienen la condena de Raskólnikov, una condena *de lo más humana*, como lo exige la propia naturaleza de Sonia.

De pronto, como traspasada, se estremeció, dio un grito y se arrojó, sin saber ella misma por qué, de rodillas ante él.

–*¡Qué ha hecho, qué es lo que ha hecho de usted mismo!* –dijo ella desesperadamente, y levantándose, se le arrojó al cuello, lo abrazó y lo apretó fuerte fuerte entre sus brazos.

Raskólnikov retrocedió y la miró con una triste sonrisa:

–Qué extraña eres, Sonia... me abrazas y me besas cuando te he hablado *de esto*. No tienes conciencia de ti misma.

–*¡No, no hay nadie ahora más desdichado que tú en la tierra entera!* –exclamó ella, como frenética, sin oír sus observaciones, y de repente se echó a llorar a lágrima viva, como en un acceso nervioso.

Hacía ya tiempo que un sentimiento para él desconocido se había precipitado como una ola sobre su alma y enseguida la había ablandado. Él no se le oponía: *dos lágrimas brotaron de sus ojos y quedaron suspendidas en las pestañas*.

–¿Entonces no me dejarás, Sonia? –decía él, por poco no mirándola con esperanza.

–¡No, no, nunca y en ninguna parte! –gritó Sonia⁴⁵.

Aquí el hombre se reflejó plenamente en Raskólnikov. No es consciente aún, pero ya siente que *no hay nadie más desgraciado que él en el mundo* y que él mismo tiene la culpa de su desgracia. «Sonia, mi corazón es malo»,⁴⁶ dice unos momentos después.

Por último, sus tormentos llegan al extremo. Entonces él, el orgulloso y tan inteligente Raskólnikov, pide consejo a una pobre muchacha.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 504.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 507. (Excepto «de esto», cursiva de Strájov).

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 510.

Bueno, qué hacer ahora, ¡dime! –preguntó él, levantando de golpe la cabeza y mirándola con el rostro horriblemente descompuesto por la desesperación.

–¡Qué hacer! –exclamó ella, de repente saltando de su sitio, y sus ojos, hasta ahora llenos de lágrimas, de golpe empezaron a destellar–. ¡Levántate! (Lo aferró del hombro, él se incorporó, mirándola casi con estupor.) Ve ahora, en este preciso instante, párate en la esquina, inclínate, besa primero la tierra, a la que has ensuciado, y después inclínate ante todo el mundo, a los cuatro vientos, y diles a todos, en voz alta: “¡Yo he asesinado!” Entonces Dios de nuevo te enviará la vida. ¿Irás? ¿Irás? –le preguntaba ella, temblando toda, como en un acceso, aferrándolo de ambas manos, apretándoselas fuertemente entre las suyas y mirándolo con ojos de fuego⁴⁷.

Como se ve, la pobra Sonia sabe muy bien *qué se debe hacer*. Pero Raskólnikov continúa resistiéndose y trata de sobreponerse al dolor. Decide seguir el consejo de Sonia solo cuando el hábil Porfiri lo lleva al punto en el que puede decirle directo a la cara: «¿Cómo quién es el asesino? [...] ¡Usted es el asesino, Rodión Románich!», y luego le da el mismo consejo que Sonia.

Resuelto al fin a entregarse, se despide de la madre, que solo entrevé de qué se trata, y de la hermana, que todo lo sabe. Esas escenas, a nuestro parecer, son más débiles que las otras. Lo principal es que no suscitan en el alma de Raskólnikov ningún nuevo sentimiento. Mucha más importancia y fuerza tiene uno de los últimos momentos antes de la formal toma de conciencia de Raskólnikov. Se dirigía ya a la oficina de policía a través de la plaza Sennáia.

Cuando llegó al medio de la plaza ocurrió en él un movimiento, una sensación se apoderó enseguida de él, lo embargó por completo, en cuerpo y pensamiento.

De repente recordó las palabras de Sonia: “Ve a la esquina, inclínate ante el pueblo, besa la tierra, porque también ante ella has pecado, y dile a todo el mundo en voz alta: *¡Soy un asesino!*” Se puso a temblar todo recordando esto. Y a tal punto lo había oprimido ya la tristeza sin salida y la inquietud de todo este tiempo, pero particularmente en las últimas horas, que se precipitó sobre la posibilidad de *esta entera, nueva y plena sensación*. Le vino de pronto como un cierto acceso: empezó a arder en su alma como una chispa y de repente, como un fuego, lo ganó por completo. Todo en él se ablandó a la vez, y brotaron las lágrimas. Tal como estaba cayó a tierra...

Se puso de rodillas en medio de la plaza, se agachó hasta el suelo y besó esta tierra embarrada *con gozo y felicidad*. Se levantó y se inclinó una vez más⁴⁸.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 517.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 647. (Cursiva de Strájov).

Y tras ello se entregó.

He ahí todo el proceso espiritual de Raskólnikov. No hablamos de la *resurrección* descrita en el epílogo. Está narrada a grandes rasgos, y el propio autor dice que no guarda relación con esta historia, sino con una nueva, la historia de la renovación y regeneración de un hombre.

Así pues, Raskólnikov llega al final sin una cabal comprensión y conciencia de los movimientos que se alzan en su alma y que le ocasionan semejante tormento. Tampoco puede comprender ese *gozo y dicha* que sintió cuando se le ocurrió seguir el consejo de Sonia. «Era un escéptico, era joven, dado a la abstracción y, por tanto, cruel». El enfurecimiento no le permitía a Raskólnikov comprender esa voz que hablaba tan alto en su alma.

Ahora se comprenderá si decimos que el autor cumplió con solo uno de los dos aspectos de la tarea que se propuso. En efecto, ¿cuál es el gran interés de la novela? ¿Qué aguarda todo el tiempo el lector desde el momento en que se ha cometido el crimen? Aguarda la transformación interior de Raskólnikov, aguarda que en él despierte una imagen auténticamente humana de sentimientos y pensamientos. Ese *principio* que Raskólnikov quería matar en su interior debe renacer en su alma y empezar a hablar con más fuerza que antes.

Pero el autor planteó de tal modo la cuestión que, para él, ese segundo aspecto de la tarea resultó demasiado grande y difícil para abordarlo en una misma obra. En eso reside tanto el defecto como la virtud de la novela de Dostoievski. Se propuso un objetivo tan amplio, su Raskólnikov está *tan exasperado en su abstracción*, que la renovación de esa alma caída no podía plasmarse con facilidad y seguramente nos habría presentado el surgimiento de una belleza espiritual y una armonía de muy elevada complejidad.

Raskólnikov es un hombre genuinamente ruso por haber llegado al extremo, hasta el final de ese camino al que lo condujo su extraviada mente. Este rasgo de los rusos, rasgo de extraordinaria seriedad, diríase de religiosidad con la que se entregan a sus ideas, es la causa de muchas de nuestras desgracias. Nos gusta entregarnos por entero, sin

concesiones, sin detenernos a mitad de camino; no nos andamos con tretas y astucias con nosotros mismos, por eso no soportamos los acuerdos mundanos entre nuestro pensamiento y la realidad. Es posible confiar en que esta valiosa y gran propiedad del alma rusa alguna vez se manifestará en actos y caracteres verdaderamente hermosos. Pero ahora, en la turbación moral que reina en varios sectores de nuestra sociedad, en el vacío que reina en otros, nuestra propiedad de llegar en todo al extremo estropea —de una u otra manera— la vida e incluso echa a perder a las personas.

Uno de los fenómenos más lúgubres y característicos de esa perdición es lo que quiso representarnos el artista.

Traducción de Alejandro Ariel González